

por buscar «una manera favorable de entablar conversación;» sin embargo, quiere, á lo menos, creer un poco en ella: «Tal vez la aplicación y los auxilios que el rey otorga pueden contribuir en parte al provecho de sus súbditos.» Diez años después celebra en una memoria las victorias alcanzadas: las manufacturas de sargas, medias y paños del reino quitan á los holandeses, como mínimo, cuatro millones de libras, y las manufacturas de la marina otro tanto.

Esos triunfos logrados sobre el extranjero son relatadas por Marco Antonio Giostinian, que fué embajador de Venecia en Francia, desde 1665 á 1668.

«El señor Colbert quiere que todo el país supere en opulencia á cualquier otro, que sea abundante en mercancías, rico en artes y fecundo en bienes de toda clase, que de nada necesite y que pueda proporcionar toda clase de cosas á los demás Estados... Nada omite para aclimatar en Francia las industrias de los otros países. Lo que se fabrica como especialidad en Inglaterra y todo lo raro que allí produce la naturaleza, lo ha estudiado para importarlo en el reino. Para la confección de ciertos productos se ha llegado á dar á los obreros traídos de Inglaterra la vivienda real de Madrid, transformando de esta suerte un palacio en taller. Practica ensayos para hacer curtir á la inglesa las pieles de buey procedentes del reino, á fin de que sirvan para los mismos usos que los cueros ingleses y los reemplacen. De Holanda se ha copiado su modo de fabricar los paños, lo propio que los quesos, las mantecas y otras especialidades; de Alemania se han tomado la manufactura de los sombreros y de la hoja de lata y otros muchos trabajos industriales, y de nuestro país los encajes y los espejos. Cinco ó seis mil mujeres diseminadas en la mayoría de las provincias trabajan en esto y además han venido muchas contra maestras de Venecia. Francia se esfuerza por recoger la flor de todo lo que se produce en el mundo entero, habiéndose aprendido de Persia el trabajo de las alfombras, de las que se hacen en París más hermosas y más elegantes que allí, importándose y vendiéndose las más bellas rarezas de la India y habiéndose igualmente tomado de Africa la mayoría de sus procedimientos de fabricación. Todo lo mejor que hay en todas las partes del mundo se fabrica actualmente en Francia y es tal la voga de esos productos que de todas partes afluyen los pedidos para proveerse de ellos... Para evitar un cambio oneroso, es preciso enviar dinero al reino á entera satisfacción de los deseos del señor Colbert, quien sólo procura despojar de él á los demás Estados para con él enriquecer á Francia.»

Por esa enumeración se ve que Colbert, sin haber descuidado ninguna industria, ha mirado con gran interés las industrias de lujo, pues sabía que la mayor parte del oro que salía del reino era para comprar mercancías de tocados.

En tiempo de la juventud del rey (1), los hombres usaban la golilla, ese gran cuello

... que colgaba hasta el ombligo,

y que era de encaje. El jubón sólo llegaba hasta el tercio del brazo y cubría únicamente una parte del busto;

(1) Véase Quicherat, *Histoire du costume en France depuis les temps les plus reculés jusqu'à la fin du XVIII^e siècle*, París, 1875.

era, pues, menester que la camisa, que constituía casi la prenda de encima, fuese lujosa. Debajo se ponía otra camisa ó una camisola de tela muy fina; en el puño colgaba el encaje

de esas mangas que en las mesas palpan las salsas.

También los encajes, aplicados como galón, tapaban las costuras del jubón y las de los amplios calzones llamados rhingrave y á los que iban prendidos

esos grandes cañones, en los que á modo de grillos se introducen todas las mañanas las dos piernas esclavas, y gracias á los cuales vemos á esos señores galanes andar esparrancados como aspas de molino.

Las piernas iban calzadas con medias de seda y los pies con zapatos

... cubiertos de cintas que hacen que parezcáis palomos patudos.

Y en medio de todo esto, dice Pierrot en *Don Juan*, «tantas cintas, tantas cintas, que es una verdadera compasión.»

Hacia 1672, el jubón algo desaliñado ya no se lleva; la chupa anuncia el chaleco, y la casaca, que llega hasta la rodilla, la levita, aunque afortunadamente de un modo todavía muy remoto, ya que la chupa va llena de bordados, perifollos y cintas y la hombrilla de la casaca es de cintas y sus ojales son de seda amarilla, rosa ó blanca. Ambas prendas son de ricas telas, de seda ó de paño finísimo, y el tahalí de la espada tiene una franja de seda y muestra por encima una orla de encajes.

Los eclesiásticos se adornaban como cortesanos. Durante el luto de Madama, los cardenales llevaron hábitos cortos de telas negras cubiertos de bordados, medias de seda de color de fuego, ligas de tisú de oro, y los viernes, esas mismas prendas de hermoso gris amarillo.

Las damas seguían la moda de los talles en punta, de las mangas cortas y de las faldas anchas remangadas sobre faldas estrechas. Las telas de los vestidos eran de seda rayada ó moteada ó de una lana fina sobre la cual estaban pintadas á mano las flores para imitar telas de la India. Los adornos consistían en profusión de encajes y cintas. Los trajes de la señora de Montespán constituían verdaderos acontecimientos; para ella, que varias veces tuvo necesidad de ocultar su talle, se inventó la falda flotante sin cintura, á la que se dió el nombre de «inocente,» y toda la corte admiró el famoso vestido que le fué regalado, «de oro sobre oro, bordado en oro, orlado de oro y encima un oro rizado, recubierto de un oro mezclado con cierto oro, que constituye la tela más divina que jamás haya podido imaginarse.»

Aquella sociedad elegante ocupaba su ociosidad en ostentarse y en mirarse; ante los ojos del rey se daba una representación perpetua de sí misma; se vestía, se adornaba y también se amueblaba espléndidamente. Richelieu había prohibido el lujo por medio de edictos suntuarios que reprodujeron Mazarino y Colbert; pero ningún edicto había podido impedir la compra de tapices de Flandes, de cristalería de Venecia, de encajes

de Venecia ó de Malinas, de telas finas, de paños de oro, de sederías y de hermosos muebles contruidos y adornados por los ebanistas, los taraceadores, los doradores y los cinceladores. Las leyes de la «galantería,» que imponían los trajes y los muebles bellos, eran más fuertes que las leyes del rey. Colbert no era aficionado al lujo; pero puesto que era preciso soportarlo, quiso que se quedase en Francia el dinero que costaba; así es que fomentó las industrias de lujo, y como Europa tenía fija su atención en el espectáculo de la corte de Francia, nuestras modas se propagaron y con ellas el gusto por nuestros muebles, por nuestros tapices y por todo nuestro aire de grandiosidad. Francia vendió lujo y entonces nació una de las fuentes de nuestra riqueza.

CAPÍTULO III

EL GRAN COMERCIO (1) Y LAS COLONIAS (2)

I. El Estado en 1661. — II. El régimen protector. — III. La Compañía de las Indias Orientales. — IV. La Compañía de Levante. — V. Las colonias. — VI. Recapitulación sobre el gobierno económico.

I. — El Estado en 1661

Colbert creía que Cristóbal Colón, antes de dirigirse á la reina de Castilla, se había «ofrecido» á nuestro rey Luis XII y que había sido tratado de «loco» por la corte de Francia, y esa leyenda le disgustaba. Admiraba á los grandes descubridores, y «la idea» que se le ocurrió á Magallanes de dar la vuelta al mundo parecía «la más atrevida y extraordinaria que jamás haya nacido en la mente de un hombre.» Sentía la poesía de aquellas

(1) Sólo hablaremos del gran comercio por mar, que era el comercio del cual esperaba principalmente Colbert el enriquecimiento del rey.

(2) FUENTES: Clement, *Lettres...*, especialmente en el t. III, 2.^a parte. Depping, *Correspondance...*, t. III. Dernis, *Recueil des titres, arrêts, édits, concernant la compagnie des Indes orientales*, París, 1755-56, 4 vol. Charpentier, *Relation de l'établissement de la compagnie française pour le commerce des Indes orientales*, París, 1666. Moreau de Saint-Mery, *Lois et constitutions des colonies françaises de l'Amerique sous le vent...* de 1550 á 1575, París, 1784-90, 6 vol. Souchu de Rennefort, *Mémoires pour servir à l'histoire des Indes orientales*, París, 1688.

OBRAS: Segur-Dupeyron, *Histoire des négociations commerciales et maritimes de la France au XVII^e et XVIII^e siècles*, París, 1872-73, 3 vol. Dufresne de Francheville, *Histoire de la compagnie des Indes avec les titres de ses concessions et privilèges*, París, 1746. Pauliat, *Louis XIV et la compagnie des Indes orientales de 1644*, París, 1866. Chailley-Bert, *Les compagnies de colonisation sous l'ancien régime*, París, 1898. Saint-Ivesy Chavanón, *Documents inédits sur l'administration de la compagnie française des Indes*, en la «Revue des quest. hist.» nov. 1903. Pigeonneau, *La politique coloniale de Colbert*, en los «Annales de l'Ecole libre des sciences politiques,» 1886, t. I. Benito du Rey, *Recherches sur la politique coloniale de Colbert*, París, 1902. G. Muset, *Les ports francs sous l'ancien régime*, La Rochela, 1903. Massón, *Histoire du commerce français dans le Levant au XVII^e siècle*, París, 1896; del mismo: *Histoire des établissements du commerce français dans l'Afrique barbaresque (1560-1793)*, París, 1903. Bonnassieux, *Les grandes compagnies de commerce*, París, 1892. Chemin-Dupontés, *Les compagnies de colonisation en Afrique occidentale sous Colbert*, París, 1903. L. Maitre, *Situation de la marine marchande du comté Nantais d'après l'enquête de 1664*, en los «Annales de Bretagne,» t. XVIII (1903). Weber, *La compagnie française des Indes (1604-1875)*, París, 1904. Chapais, *Jean Talon, intendant de la Nouvelle France (1665-1672)*, Quebec, 1904.

aventuras y aún adivinaba que traían nuevos conocimientos á la inteligencia: antes de Magallanes, dice, era una herejía creer en los antípodas; pero al mismo tiempo calculaba los beneficios que reportaba la venta de los productos del Nuevo Mundo. La boca se le hace agua cada vez que habla de las «preciosas,» de las «excelentes especerías,» y á propósito del descubrimiento de las islas Molucas, celebra «la prodigiosa abundancia de especerías excelentes, y entre otras, el clavo y la nuez moscada.»

Tenía grabado en la mente el mapa económico de la tierra con el catálogo de los productos que él debía comprar y de los que podía vender, y conocía todas las vías comerciales terrestres y marítimas y los vientos que soplan, favorables ó adversos al navegante.

El gran comercio, decía, es el medio de aumentar «el poder y la grandeza de Su Majestad y de abatir los de sus enemigos ó envidiosos.» Después de sus primeros éxitos por este camino, escribía al rey en 1670: «Con ese aumento de potencia en dinero estaban ligadas todas las grandes cosas que Vuestra Majestad ha hecho y podrá hacer aún durante toda su vida.»

En 1661, por más que él dijera, nuestro comercio no era despreciable, pero sólo en muy pequeña parte lo realizábamos nosotros mismos. En efecto, Holanda no guardaba para sí los 10 ó 12 millones de vinos y aguardientes, los seis millones de sederías de Tours y de Lyon, los cinco millones de muebles y utensilios de cama, los dos millones de dulces de París y de Ruán y el millón de quincalla y de jabones que nos compraba, sino que en su mayor parte los revendía, interponiéndose de esta suerte entre el productor francés y el comprador extranjero; é Inglaterra obtenía pingües ganancias de los 15 millones de mercancías francesas que transportaba todos los años. Colbert exagera sin duda cuando dice que de los 20.000 barcos que circulaban por el mundo únicamente 600 eran nuestros (3); pero de todos modos nuestra inferioridad era grande en comparación sobre todo de Inglaterra y de Holanda. Casi no teníamos constructores de barcos, y la madera, el hierro, el alquitrán y el cáñamo que comprábamos en el extranjero eran excesivamente caros; así es que un buque costaba en Francia el doble que en Holanda. Los armadores holandeses tomaban fletes á 8 ó 10 libras la tonelada, es decir, la mitad menos que nuestros armadores.

Las relaciones con las colonias eran insignificantes. El comercio de pieles con el Canadá no se hacía en Ruán ó en la Rochela, sino en Londres ó en Amsterdam; nuestro único mercado de esclavos, el Senegal, no vendía esclavos, sino que eran ingleses y holandeses los que hacían la trata en la costa de Guinea para vender negros á nuestros colonos de las Antillas (4). El pabellón francés apenas visitaba la Martinica y la Guadalu

(3) Sin embargo, la cifra de 600 es la que da en 1646 Juan Eón en su libro *Le commerce honorable* (Nantes, 1647): «Las memorias de Francia nos dicen que en cerca de 400 leguas de las costas marítimas que tenemos, había en otro tiempo más de 6.000 buques de guerra y mercantes; y ahora, después de una investigación exacta, apenas podríamos encontrar 600.» (Págs. 20-21.)

(4) En 1664, de 48 buques fletados en los puertos del condado de Nantes, sólo uno se dirige á las Antillas. En septiembre de 1668, dice Colbert que en 1662, de 150 buques que anualmente hacían el comercio con las islas, tres ó cuatro, á lo sumo, partían de los puertos de Francia.

pe, adonde abordaban 200 buques holandeses. Colbert calculaba que los holandeses sacaban de nuestras Antillas, para revenderlos á nosotros ó á los demás, dos millones de azúcar, de tabaco y de algodón, de maderas para ebanistería y para tinte y de añil. La Guyana estaba abandonada; en la costa occidental de Africa vegetaban algunos establecimientos de una compañía ruonesa; en Madagascar morfise de fiebre una pequeña colonia, y en las Indias orientales no poseíamos nada.

Finalmente, para defender nuestros dominios coloniales y proteger contra los piratas y contra los rivales nuestro comercio, Mazarino había dejado 18 navíos ó fragatas, 4 urcas, 8 brulotes y 8 ó 9 malas galeras.

Y sin embargo, Francia producía todas las primeras materias de construcción y aparejo; nuestras poblaciones marítimas valían tanto como las de Holanda y de Inglaterra, y si nuestros marinos servían en el extranjero era porque no hallaban empleo en su patria; teníamos viajeros atrevidos que veían y narraban admirablemente; en todo el Levante había franceses establecidos, y las Antillas habían sido colonizadas por particulares. Por consiguiente, Francia no tenía más que utilizar sus recursos naturales para llegar á ser una gran potencia comercial. Si hemos de dar crédito á Colbert, también en esta materia opinaba que el mejor estimulante de la actividad era la libertad: «Siendo el comercio un efecto de la pura voluntad de los hombres, decía, es necesario dejarlo libre;» pero encontraba en las circunstancias motivos para no dejar obrar á esa pura voluntad y entendía que, dado el gran desorden existente, era menester concertar y dirigir los esfuerzos.

II.—El régimen protector

Colbert, como casi todos los hombres de su época, era proteccionista: «Todo el comercio consiste en des cargar las entradas de las mercancías que sirven para las manufacturas del interior del reino, y encargar las que son manufacturadas.» El derecho de cincuenta sueldos por tonelada que debían pagar los buques extranjeros que entraban en nuestros puertos había sido establecido por Fouquet, y desde hacía mucho tiempo se había adoptado la costumbre de elevar más y más los derechos sobre las mercancías del exterior; pero Colbert, si hubiese podido, aún habría hecho más, habría prohibido su importación en absoluto. Firmó tratados de comercio con Estados pequeños y negoció uno con Inglaterra, que, después de Holanda, era la nación con quien realizábamos más negocios; pero esas negociaciones duraron cinco años y no dieron ningún resultado. El procedimiento habitualmente seguido por Colbert con los extranjeros fué la guerra de tarifas.

En 1664 publicó una tarifa moderada y en 1667 otra muy rigurosa; por ejemplo, los derechos sobre las medias de lana se elevan de 3 libras 10 sueldos á 8 libras, los derechos sobre la pieza de paño de Inglaterra ó de Holanda, de 40 libras á 80, y los derechos sobre 100 libras de gorros de lana, de 8 libras á 20.

Las represalias del extranjero eran seguras, pero Colbert no era hombre para soportarlas. Quienes más las ejercieron fueron los holandeses, á los que aquél detestaba por muchas razones, y sobre todo, si hemos de creerle á él, porque eran herejes y llevaban «á los pue-

blos infieles una religión inficionada.» Pero el mismo Colbert, al enviar una misión comercial al Japón, de donde habían sido expulsados los españoles mientras eran allí bien recibidos los holandeses, daba las siguientes instrucciones:

«En materia de religión, diréis que la de los franceses es de dos clases: una igual á la de los españoles, otra como la de los holandeses, y que Su Majestad, noticioso de que la de los españoles es desagradable al Japón, ha ordenado que se enviasen allí súbditos que profesaran la de los holandeses.»

De modo que brindaba la elección entre dos religiones, como si se tratara de dos mercancías. En cambio, odiaba y temía sinceramente en Holanda la república: «Las repúblicas hacen conquistas con el mal ejemplo de su libertad;» pero lo que no perdonaba á los holandeses eran los 16.000 barcos que les atribuía: «En el orden natural,» decía, cada nación ha de tener su parte de barcos proporcionada á su poderío y al «número de sus pueblos» y de sus costas; y en su consecuencia pretendía reducir á los holandeses «al número que debían tener,» ó más bien reducirlos á nada, destruirlos.

Al principio aparentó burlarse de las represalias holandesas, negando á cada estocada de éstos que le hubiesen alcanzado, pero decía: «Es una estocada muy atrevida y veremos, andando el tiempo, quién habrá tenido razón en este asunto.» Desde el mes de julio de 1670 anunciaba la guerra, «pues es imposible que Su Majestad pueda sufrir mucho tiempo la insolencia y la arrogancia de aquella nación.»

Declarada la guerra, única por él deseada y aconsejada, y creyendo, después de las primeras victorias, muerto al adversario, planteó al rey el siguiente dilema: ó Su Majestad sojuzgará á las Provincias Unidas, ó les dejará su soberanía.

Si Su Majestad sojuzga á las Provincias Unidas, como el comercio de éstas «pasará á ser el de sus súbditos, nada mejor podrá desearse.» Nada más sencillo, en efecto: buques, compañías, bancos, todo será francés. Pero ¿estimaré Su Majestad conveniente á su servicio quitar una parte de su comercio á los súbditos nuevos para dárselo á los antiguos? En tal caso, «fácil sería encontrar los expedientes á los cuales los nuevos súbditos deberían someterse;» es decir, que tal parte de la manufactura ó del comercio sería transportada á tal ciudad ó á tal puerto de Francia. De manera que no tenía en cuenta ni la situación geográfica ni las aptitudes naturales ó adquiridas; lo que se proponía era prohibir á los holandeses que fuesen holandeses y ordenar á los franceses que se transformasen en holandeses, y el expediente le parecía «fácil.»

Si Su Majestad deja á los Estados su soberanía, Colbert lo lamentará, porque «ellos no han sabido defenderla;» pero aun entonces cabría imponerles condiciones que redundarían en beneficio de los súbditos del rey. Para este caso hace una porción de proposiciones, entre ellas las siguientes: obligar á los holandeses á revocar sus tarifas y á soportar las nuestras; exigirles Curazao, Tabago, San Eustaquio y un puerto de Guinea para estar en condiciones de disputarles el comercio de Africa y de las Indias Occidentales que les produce seis millones de libras; además, una de las Molucas y una ó dos plazas de la costa de Malabar, para repartirse con

ellos el comercio de las Indias Orientales, es decir, 10 ó 12 millones de libras. Por último se les exigiría que retirasen su embajador de Constantinopla y sus cónsules de las Escalas; se les vedaría el Mediterráneo y Francia se apoderaría de todo su comercio de Levante, equivalente á 10 ó 12 millones de libras. Y como entonces entraría el dinero en abundancia en el reino, sería fácil aumentar las tallas y los impuestos, sin que nadie se quejara, y Francia saldría al fin de la miseria.

Pero en el mismo momento en que Colbert desmembraba con la imaginación á la Holanda, Europa comenzaba á coligarse contra el rey y fué menester abandonar aquel país, conquistado en sus tres cuartas partes, para hacer frente al enemigo en todas las fronteras. Colbert, que no pudo mantener el equilibrio de su hacienda, vióse obligado á recurrir á los empréstitos y á los negocios extraordinarios. En definitiva, el tratado firmado con las Provincias Unidas estipula, en su artículo VII, que «la libertad de comercio recíproca de las dos naciones no podrá ser prohibida, limitada ni restringida por ningún privilegio ni por ninguna otra concesión particular,» y que ninguna de las dos partes podrá conceder á sus súbditos inmunidades, beneficios, dones gratuitos ú otras ventajas.

Colbert, vencido en su guerra, no se consoló de aquella derrota. En los últimos tiempos de su ministerio, comprueba que todavía entran en Francia muchos paños de Inglaterra y de Holanda, y en 1680, en una memoria sobre el estado de la hacienda, dice muy melancólicamente: «Si se restableciese la tarifa de 1667, produciría mucho bien á los súbditos del rey,» y repite: «restablecer, á ser posible, la tarifa de 1667;» pero no podía hacerse.

III.—La Compañía de las Indias Orientales

Para combatir á nuestras rivales, Inglaterra y Holanda, Colbert las imitó organizando el comercio de Francia. Tiempo hacía que para los comercios en lejanas tierras funcionaba el régimen de las compañías, pero así como las inglesas y holandesas prosperaban, las que se habían ensayado en nuestro país habían muerto ó estaban moribundas. Tales compañías, por otra parte, eran simples sociedades municipales ó provinciales, pues las empresas nacionales proyectadas por Richelieu habían fracasado; de consiguiente, era necesario comenzar de nuevo el experimento, poniendo en él más esfuerzo, más dinero y más perseverancia.

Colbert inventó un sistema nacional de sociedades que explotaran el comercio del mundo: compañía del Norte para el comercio del Báltico; de las Indias Occidentales para el de Africa y América, y compañías de Levante y de las Indias Orientales. Cifrabas en estas dos últimas grandes esperanzas, por el comercio que hacían, el verdadero «gran comercio,» el único «considerable.» Era el antiguo comercio del Oriente, cuya única vía había sido durante mucho tiempo el Mediterráneo y que había enriquecido á Venecia y á Marsella; ahora había-se abierto para él otra vía grande, la del Cabo de Buena Esperanza, que enriquecía, después de los portugueses, á los holandeses y á los ingleses. Colbert proyectaba unir las dos rutas y las dos compañías y pidió al sultán el privilegio del comercio de tránsito entre Alejandría

y el mar Rojo; pero el sultán negóse á tal concesión, temeroso de que algún *raia* quisiera cualquier día ir á robar la tumba del Profeta. El ministro habría querido siquiera reanimar la importante vía, tan frecuentada antiguamente, de las caravanas que hacían el tráfico entre las Indias y Alejandría, ciudad esta última que, merced al esfuerzo combinado de ambas compañías, llegaría á ser la encrucijada del comercio universal. Reproducíase entonces el antiquísimo proyecto de la apertura del istmo de Suez; nuestros comerciantes codiciaban el Egipto y el autor del *Parfait négociant*, Savary, deseaba que nuestro gran monarca, «Luis el Grande,» fuera «dueño» de él, con lo cual Francia, poniendo bajo su dependencia á los países menos importantes, los países del Norte y Portugal, haciendo frente á Holanda y á Inglaterra, enriquecida por la afluencia del oro y vencedora «en la guerra de dinero sostenida contra todos los pueblos,» llegaría á ser la señora del mundo.

De modo que Colbert ensayó, después de Cromwell y sobre un plan más vasto, la política mundial é imperialista, como se dice actualmente.

La compañía de las Indias Orientales, fundada en 1602 en las Provincias Unidas, estaba de continuo presente en el pensamiento de Colbert, quien hablaba de ella á todo el mundo, y nada deseó tan apasionadamente, él que tanta pasión puso en tantos deseos, como arruinarla. Admirábase de que aquella sociedad de comerciantes holandeses hubiese llegado á ser una potencia: «Moviliza en las Indias ejércitos de tierra de 10 á 12.000 hombres, y de mar de 40 á 60 buques; hace con ventaja la guerra á los reyes de aquel país» y «las escuadras que llegan á Holanda todos los años traen mercancías por 10 ó 12 millones que distribuyen en todos los reinos de Europa, sacando de ellas el dinero, causa de su poderío.» Los dividendos de la compañía se elevaban á 25 y 30 por 100 y las acciones habían subido de 3.000 florines á 18.000.

Por esto el rey, en agosto de 1664, daba á una compañía francesa de las Indias Orientales por cincuenta años el privilegio de la navegación en los mares de Oriente y del Sur, desde el cabo de Buena Esperanza al estrecho de Magallanes; le concedía á perpetuidad Madagascar, llamada isla Dauphine, y las islas vecinas y todas cuantas islas, tierras y lugares pudiera conquistar, y le aseguraba anticipos y primas. Honróse, además, á la compañía con magníficas armas, en las cuales el rey estaba representado por un sol de oro y una flor de lis de oro brillaba sobre un globo azul; la divisa del sol de oro decía *Ditat quas respicit oras*, y la de la flor de lis de oro *Florebo quocumque ferar* (1).

El negocio fué lanzado al mercado con anuncios pomposos (2). El académico Charpentier se dirigió «á

(1) Enriquece todos los países que mira.—Dondequiera que me lleven floreceré.

(2) Por otra parte, puede casi decirse que las Indias Orientales eran populares en Francia; sus rutas eran desde hacía tiempo conocidas de nuestros comerciantes, y la gente lefa curiosamente multitud de relaciones de viajes por tierra. Buques franceses navegaban, desde comienzos del siglo XVII, hasta el mar de Omán y algunos llegaron hasta Sumatra. En 1658-1660 pensábase en fundar una compañía de la China y varios misioneros franceses llamaban la atención sobre Siam, Conchinchina y el Tonkín.

todos los buenos franceses» en el *Discours d'un fidèle sujet du roi* («Discurso de un súbdito fiel del rey»), censurando á esos súbditos de la primera corona del mundo por haber dejado que se les adelantaran los holandeses, y prometiendo maravillas á los subscriptores:

«Entre todos los comercios que se hacen en todas las partes del mundo, ninguno más rico ni más considerable que el de las Indias Orientales. De esos países fecundos, que el sol mira más de cerca que los nuestros, se saca lo que hay de más precioso entre los hombres y lo que contribuye más á la dulzura de la vida y al brillo y á la magnificencia. De allí se extraen el oro y las pedrerías; de allí vienen esas mercancías tan famosas y de tan segura venta, la seda, la canela, el jengibre, la nuez moscada, las telas de algodón, el algodón en rama, la porcelana, la pimienta, las maderas que sirven para todas las tinturas, el marfil, el incienso, el bezoar y otras mil comodidades de las que es imposible que prescindan los hombres por estar á ellas acostumbrados. En adelante, es una necesidad indispensable hacer venir todas esas cosas, y no veo por qué debamos querer recibir las siempre de mano ajena y por qué hayamos de negarnos á hacer ganar en lo sucesivo á nuestros conciudadanos lo que á costa de ellos han ganado hasta el presente los extranjeros.»

El académico añadía que, «sin exageración,» se encontraba en Madagascar tanto oro que cuando llovía las venas se descubrían por sí solas á lo largo de las montañas.

El rey, la reina y los príncipes de la sangre fueron los primeros en subscribirse, y Colbert recomendó el negocio á los consejos, á los tribunales supremos, á los principales funcionarios de hacienda y á las ciudades, invocando los sentimientos más nobles, pues decía que se trataba de conquistar almas para Dios y súbditos para el rey; pero tenía buen cuidado de añadir que la mejor manera de merecer la benevolencia del rey y la suya era «poner dinero en el comercio de las Indias.» Y si estas razones no bastaban, se incomodaba; así advirtió á los bordeleses, que no se apresuraban á subscribirse, que «el rey examinará los privilegios de la burguesía con tanta severidad que indudablemente se verán privados de la mayor parte de ellos.» Todo el mundo oficial, presidentes de parlamentos, gobernadores de provincias é intendentes, rivalizaba en celo; el más celoso fué el intendente de Auvernia, que citó en su propia casa á varios particulares, les dijo que de allí no saldrían hasta que se hubiesen comprometido y «comenzó á emplear el ministerio de los dragones (1).»

Los agentes del ministro recogieron sobre todo excusas acompañadas de lamentaciones sobre la miseria, el mal régimen de las aduanas y la dificultad de hacer el comercio.

Los habitantes de San Juan de Luz «carecen de recursos y lo poco que les queda, después de muchas pérdidas sufridas durante esas guerras, lo han empleado en el equipo de sus barcos, actualmente ocupados en el viaje á Terranova y en la pesca de las ballenas, y cuyo regreso no les permite esperar ninguna mejoría á causa de los obstáculos que les oponen en el reino para

(1) Hay que notar que la subscripción de la compañía de las Indias Occidentales, de que hablaremos más adelante, estaba todavía abierta y hacía competencia. Véase pág. 110.

vender los aceites de ballena y las barbas.» Los hombres de negocios de Narbona se han contentado siempre con un pequeño comercio en las provincias vecinas y en el Levante, «que, desde hace muchos años, les ha sido muy poco ó nada favorable, gracias á las frecuentes correrías de los piratas y de los enemigos del Estado, á la poca salida de sus géneros y á las grandes cargas que se ven obligados á soportar todos los años. Angers, «en el abrumamiento de las pérdidas sufridas,» pide una reducción de las tarifas del Loira. Los habitantes de Montpellier no están acostumbrados á emplear sus fondos en comercios lejanos. Y en muchas ciudades, los «acomodados,» convocados por las municipalidades para oír exponer «el honor y la utilidad» que obtendrían del proyecto por el que «Su Majestad tiene la bondad de interesarse,» ni siquiera se presentaron, pues están acostumbrados á que sólo se les reuna para decirles de parte del rey la necesidad en que éste se encuentra de imponerles contribuciones.

En todas partes, en unas más, en otras menos, consideróse la subscripción como un impuesto disfrazado y se acusó al fisco de haber inventado un nuevo expediente para sacar dinero. Los empleados de justicia y de hacienda, que se habían visto obligados á subscribirse, dicen públicamente, según le escriben á Colbert, que es una añagaza para someter á la talla á los nobles y á todos los demás exentos; que se les obligará á entrar en la compañía y luego se les exigirá una cuota anualmente á pretexto de alguna pérdida sufrida ó de alguna empresa proyectada y que en definitiva el rey se apoderará de todo, cuando menos se piense, como hizo con las rentas de la Casa Consistorial, con los dominios, etc. Por indiferencia de los unos, por desconfianza de los otros, por repugnancia á traspasar el acostumbrado horizonte ó por abrumamiento de cargas fiscales, es lo cierto que Francia no estaba preparada para las grandes empresas.

Cometieronse varios errores: la primera expedición equivocó la ruta y se hicieron «embarques demasiado importantes sin que previamente tuviéramos por nosotros mismos el menor conocimiento así del comercio de las Indias como de los establecimientos que había que instalar en la isla Dauphine.» Los 1.700 ó 1.800 hombres desembarcados en Madagascar en 1666, no encontrando nada preparado para recibirlos y no sabiendo ni atreviéndose á entrar en tratos comerciales con los indígenas, no quisieron separarse para establecerse; aparte de que no era trabajo lo que habían ido á buscar tan lejos y á lo sumo habrían aceptado el oficio de contra maestres, ó de «capataces.» Aquellos colonos «se disgustaron por no haber encontrado ya dispuestas las riquezas que más que las tierras fueron objeto de su codicia;» y para mantenerlos se vendieron las mercancías destinadas á las Indias. Colbert contó que en la isla Dauphine se habían dilapidado 470.586 libras.

Si hemos de dar crédito á los directores de la compañía, el teniente general Mondevergue, comandante en jefe, no entendía poco ni mucho en negocios, ni se interesaba en ellos, siendo imposible obtener de él informes sobre la fertilidad ó la esterilidad de las tierras. El rey le escribía: «el mando que os he dado concuerda muy poco con el espíritu mercantil,» le rogaba que adquiriese ese espíritu y le echaba en cara extrañas ilusiones:

«Al parecer os habéis imaginado que la compañía enviará siempre, desde Francia ó desde las Indias, los víveres necesarios para la subsistencia de mis súbditos en ellas establecidos, sin reportar de ellas ninguna ventaja. Esa idea parece tan extraordinaria que no es posible persuadirse de que pueda surgir en la mente de persona alguna, por poco ilustrada que sea.»

Los militares y los paisanos no simpatizaban y habitaban en dos lugares separados: «La milicia acampaba en una pequeña planicie en donde los oficiales hicieron construir por sus soldados chozas y barracas, siendo aquel sitio propiamente la residencia del gobierno del señor de Mondevergue, pues el Fuerte Dauphin estaba habitado por comerciantes, dependientes y jefes de colonia que tenían todas las atenciones á sus directores (1).» Colbert recomienda al señor de La Haye, sucesor de Mondevergue, que «siga las luces y las órdenes» de los directores; pero un oficial hidalgo no obedecía de buena gana á un comerciante.

Los paisanos no se entendían entre sí y en las Indias los directores disputaban unos con otros. Uno de ellos, Carón, era un holandés que, por haber servido en una compañía holandesa, conocía las Indias y el Japón; pero ese extranjero no agradaba á sus colegas que acabaron por sospechar que era un traidor y le echaron en cara que tomaba el nombre de general, que tenía guardias y que hacía grandes gastos, es decir, que le censuraron probablemente porque se portaba como convenía en aquellos países en donde la pompa es un medio de gobierno. Por último su cualidad de protestante le indisponía con los capuchinos.

El ministro procuraba suavizar todos esos malos humores; pedía á Carón que se convirtiera para evitar molestias, y repartía sus caricias entre hombres que se odiaban, hablándoles como un apóstol y suplicándoles que no se dejaran desalentar por «las dificultades que se encuentran siempre en la ejecución de un plan tan vasto y de un establecimiento tan nuevo como lo era este en el reino.» Es preciso, les decía, «que viváis en una unión perfecta y que juntos empleéis para el bien común toda vuestra inteligencia, industria y mérito, aumentando vuestra bondad, vuestra honradez y vuestra paciencia;» y les aconsejaba que adoptaran «el espíritu de caridad y de dulzura.»

Faltaba entusiasmo porque las cosas no iban bien y en Francia sólo nos gustan los negocios que no prosperan desde un principio. La indisciplina general desesperaba á Colbert, quien imploraba de los directores «alguna acción brillante que sirva para contener la inquietud y la ligereza natural de los franceses, los cuales nada pueden deferir los unos á los otros si no les retienen el temor del castigo y la esperanza de la recompensa.»

(1) Souchu de Rennefort, *Mémoires pour servir...*, pág. 225. Es una cuestión no estudiada todavía la de si la mala inteligencia entre paisanos y militares se debió á los primeros tanto, por lo menos, como á los segundos. Souchu de Rennefort añade: «Crearon varias especies de consejos: había uno de milicia, uno de marina, uno de comercio, uno de subsistencia y uno de colonia, y quisieron (los directores) presidirlos todos, excepto los dos primeros, por lo que el señor de Mondevergue asistía muy raras veces á los otros, pues le parecía vergonzoso ser inferior á un comerciante, lo que á menudo introducía la división en los negocios. El señor de Mondevergue estaba «disgustado de gozar de tan poca consideración allí donde pretendía ser virrey.»

En 1664, la compañía envió una embajada á Persia y á las Indias para concertar con ellas tratados de comercio, y en 1667 estableció una factoría en Surate. Dos años después, Colbert anuncia una gran demostración diciendo que Su Majestad se dispone á enviar «una buena escuadra de buques de guerra á las Indias con la sola idea de hacer ver á los príncipes de Asia una pequeña muestra de su poder;» y quiere que toda la infantería sea bien escogida y las armas hermosas y de un mismo estilo, y finalmente que todo sea lo más perfecto posible así en belleza como en bondad.» El señor de La Haye, que mandará esa escuadra, hará saber que ésta no es más que una vanguardia para «reconocer los lugares para una flota mayor,» que irá más adelante á fin de proteger el comercio de la compañía; y á su regreso mostrará su escuadra á todas las naciones, desde el cabo Comorin hasta la Arabia, procurando no causar ninguna perturbación en los pueblos «para que los indios conciban una gran opinión de la justicia y bondad de Su Majestad, al par que conozcan su poderío.» Este lenguaje es el de un hombre que espera conquistar el mundo; pero surgió la guerra de Holanda, que degeneró en guerra de Europa contra Francia, é inmediatamente la compañía se vió en peligro.

En 1672, un rey de Ceilán había cedido á ésta Trinquevalé, que luego le arrebataron los holandeses. Aquel despojo no produjo en París irritación alguna, y el rey, que seguía atentamente la marcha de los negocios de las Indias, daba pruebas de una paciencia admirable y escribía á de La Haye que era imposible conservar «el puesto que habéis conquistado, por falta de soldados y de buenos oficiales para resistir todas las dificultades y vencer todos los obstáculos en un país tan lejano.» Cuando de La Haye se apoderó de Saint-Thomas, distante dos leguas de Madrás, el rey le felicitó:

«Tengo gran esperanza de que podréis... conseguir conservar un lugar cuya importancia conozco perfectamente y por medio del cual lograré dar á conocer mi poderío en un país en donde apenas se había oído hablar de él.»

Pero se veía obligado á confesar que no podía prestar á sus gentes toda la ayuda que habría querido, y habiéndole hablado de La Haye de ocupar un nuevo lugar á tres leguas del primero, le contestó que lo importante era conservar Saint-Thomas.

El rey enviaba muy poco dinero (á fines de 1674 no había dado más que 410.000 libras) y muy pocos hombres, y creía hacer mucho expidiendo «doscientos buenos hombres» cada año. Pedía á de La Haye que «realizara actos de vigor y de fuerza,» pero que, al mismo tiempo, economizara los soldados: «Quiero que creáis siempre que la conservación de un hombre es de todo cuanto podáis hacer lo que ha de serme más grato.» Después de haberle relatado sus victorias y conquistas en Europa, prometiéndole poderosos socorros «en caso de que á Dios plazca dar á sus enemigos la voluntad de firmar la paz.» Pero en 1675 los holandeses reconquistaban Saint-Thomas, y como, además, Madagascar había sido abandonada, no nos quedó en aquella parte más que un establecimiento en la isla Borbón.

Antes de la guerra, Colbert comparaba melancólicamente las operaciones de la compañía holandesa con las de su rival de Francia, y al enterarse, en 1670, de